



Ajuntament
de Mislata



XV

CERTAMEN

RELAT CURT

amb perspectiva de gènere

MISLATA PER LA IGUALTAT





CARLOS FERNÁNDEZ BIELSA
Alcalde de Mislata

Un año más Mislata renueva su compromiso con la literatura, la cultura y la libertad de expresión con la celebración de su certamen de relato corto de la concejalía de Políticas de Igualdad.

Un certamen que cumple ya su XV edición, y en el que no solo se ponen en valor el ingenio y la creatividad en forma escrita, sino que aborda la cultura y el arte literario desde una perspectiva de género, que contribuye a seguir avanzando hacia una sociedad más justa e igualitaria entre hombres y mujeres.

La tinta y las letras deben inspirar y contribuir, desde su pluralidad, tolerancia y respeto, a pasar página y erradicar definitivamente la violencia machista que lastra a nuestra sociedad.

Quiero agradecer a todas las participantes que, con sus aportaciones en forma de relatos, nos ayudan a estar cada día un poco más cerca de los objetivos y políticas compartidas y promovidas desde el Ayuntamiento de Mislata.

Un any més, Mislata renova el seu compromís amb la literatura, la cultura i la llibertat d'expressió amb la celebració del certamen de relat curt de la Regidoria de polítiques d'Igualtat i Diversitat.

Un certamen que compleix ja la seua XV edició, i en el qual no sols es posen en valor l'enginy i la creativitat en forma escrita, sinó que aborda la cultura i l'art literari des d'una perspectiva de gènere, que contribueix a continuar avançant cap a una societat més justa i igualitària entre homes i dones.

La literatura i les lletres han d'inspirar i contribuir, des de la seua pluralitat, tolerància i respecte, a passar pàgina i erradicar definitivament la violència masclista que llastra la nostra societat.

Vull agrair a totes les participants que, amb les seues aportacions en forma de relats, ens ajuden a estar cada dia una poc més prop dels objectius i de les polítiques compartides i promogudes des de l'Ajuntament de Mislata.



CARMEN LAPEÑA BUENO
Concejala de Política de igualdad

Como concejala de Igualdad solo puedo sentir orgullo y tener palabras de elogio hacia quienes hacen posible este certamen. Participantes, escritoras y personal municipal que con su compromiso contribuyen a reforzar el trabajo y las políticas de igualdad del Ayuntamiento de Mislata.

Es importante que la cultura y la literatura sean entendidas desde una mirada feminista para avanzar en igualdad, derechos y libertades.

Desde el Ayuntamiento de Mislata continuaremos impulsando iniciativas como este certamen con perspectiva de género y ayudando a visibilizar el talento artístico y literario de las mujeres para ayudarlas a ocupar el espacio que merecen en la sociedad.

Com a regidora d'Igualtat i Diversitat només puc sentir orgull i tindre paraules d'elogi cap als qui fan possible aquest certamen. Participants, escriptores i personal municipal que amb el seu compromís contribueixen a reforçar el treball i les polítiques d'Igualtat de l'Ajuntament de Mislata.

És important que la cultura i la literatura continuen enteses des d'una mirada feminista per a avançar en igualtat, drets i llibertats.

Des de l'Ajuntament de Mislata continuarem impulsant iniciatives com aquest certamen amb perspectiva de gènere i ajudarem a fer visible el talent artístic i literari de les dones per a ajudar-les a ocupar l'espai que mereixen en la societat.



Ajuntament
de Mislata



Mislata

XV

CERTAMEN

RELAT CURT

amb perspectiva de gènere
MISLATA PER LA IGUALTAT

AUTORES PREMIADES:

NEREA GENOVÉS,
El poder de la palabra.
Menció honorífica
a l'autora local.

EVA PELEGRÍ MARGELI,
*Res no és tan dolent
com sembla.*
Modalitat valencià.

ROSA FABUEL DE MORA,
*Sonríe que estás
muy seria.*
Modalitat castellà.



Información de las bases y la documentación de la convocatoria de los “Premios del Certamen de Relato Corto con perspectiva de género. Mislata por la Igualdad” en:



EL PODER DE LA PALABRA

I. DISCORDIA

Todo apuntaba a que iba a ser un día normal, como cualquier otro. Sin embargo, cuando la profesora Eva entró en la clase de cuarto de la ESO, se encontró con que el día no iba a ser todo lo relajado que ella esperaba. Los alumnos y alumnas estaban discutiendo y, algunos de ellos, se habían puesto en pie. Se encontraban cerca y Eva, por un segundo, pensó que podían llegar a las manos. Ante aquel acto que parecía cada vez más cerca, intervino:

— ¿Por qué hay tanto alboroto? —preguntó para hacer acto de presencia y que volvieran a la calma.

La mayoría, al darse cuenta de que la profesora de lengua castellana acababa de entrar en la clase, fueron a sus respectivos asientos. No obstante, hubo dos personas que no lo hicieron así.

Eva fue hasta la mesa del profesorado y dejó su bolso junto al libro de texto que utilizaban en clase. Una vez tuvo las manos libres y despojadas de todas sus pertenencias, vió como el alumno y la alumna que seguían enzarzados en la discusión eran Marta y Javier. Se trataba de dos compañeros de clase que solían chocar mucho debido a sus diferencias a la hora de ver el mundo.

— ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Marta? ¿Javier? ¿Qué pasa? —preguntó al darse cuenta de que no habían apartado las miradas el uno del otro a pesar de que el timbre había sonado hacía más de cinco minutos y era el momento de comenzar la clase.

Marta pareció escuchar por fin la voz de su profesora favorita y giró para verla.

—Pues pasa que Javier tiene la cabeza llena de pajaritos y lo ve todo desde su visión de hombre blanco. Y las cosas no son así, díselo, profesora, díselo —habló la joven con insistencia.

— ¿Qué quieres que le diga? —preguntó Eva sin estar enterada todavía de la discusión que estaban teniendo.

— Nada, no le hagas caso, está loca, eso le pasa —dijo Javier moviendo la mano de un lado a otro buscando quitar hierro al asunto.

—“Está loca” —repitió Marta con odio—. Eso es lo que te han enseñado, vaya. Si una mujer no dice lo que tú piensas o está loca o no sabe de lo que habla, es una exagerada o una histérica. Pues no, chico, las cosas no son así.

Javier bufó y se apartó de Marta yendo hasta su pupitre y sentándose en él. Ante aquella respuesta que le había dado su compañera, él decidió que la mejor manera de hacer que se callara era ignorarla. Sin embargo, aquel acto solo estaba enfureciendo más a la joven, pues, a pesar de que Javier jamás iba a admitirlo, ella sabía que tenía la razón.

—Marta —la mentó la profesora—, está bien. Charlaremos de esto los quince minutos del final de la clase. Hoy debemos de terminar de comentar La Celestina.

—¿Por qué hay que hablar de un libro antiguo que no va a cambiar nada el panorama actual cuando tenemos ahora mismo sobre la mesa un problema que también atañe a la lengua? —preguntó la joven mientras iba hasta su pupitre en la segunda fila, cerca de la pared.

—Lo que pasa —intervino Paula, una de las chicas que se sentaba delante de Marta— es que hoy nos han dado una charla sobre el uso de las redes sociales.

La profesora Eva asintió escuchando, sin saber bien qué tenían que ver las redes sociales en todo el barullo que se había montado.

—Los policías locales que nos han dado la charla utilizaban el lenguaje inclusivo y decían “todos y todas”, “chicos y chicas”... y algunas personas de la clase se han molestado diciendo que era una estupidez —terminó de explicar Paula.

—Es que lo es —añadió Quique cuando Paula se calló.

—No creo que decir “todos y todas” cambie nada —dijo una de las chicas que estaba en la última fila apoyando a Javier. Cuando Eva alzó la vista se dió cuenta de que era Clara, una joven que no solía hablar demasiado en clase.

—¿Ves? Tiene que ver con el lenguaje —respondió Marta sonriendo mientras miraba a la profesora—. Y hay mucho de que hablar.

—Bien, ¿cada uno tiene su propia opinión sobre el lenguaje inclusivo, no? —preguntó a toda la clase.

A pesar de que no hubo una respuesta verbal, vio como la gran mayoría asentía con la cabeza.

—Está bien, al final, no creo que ninguna otra asignatura os permita tratar el tema y sería un debate interesante —dijo la profesora.

—¿Pero qué vamos a debatir?—preguntó Javier— No hay nada de lo que discutir.

—Claro que sí, formaréis dos grupos, puede participar cualquier persona. Las ideas es que cada uno exponga sus argumentos sobre por qué sí o por qué no es útil el lenguaje inclusivo. Tras ello veremos quién aportó las pruebas más válidas y convenció a más personas. ¿Os parece? Además, con el fin de incentivaros a participar, contará para la evaluación final.

Tras aquella propuesta por parte de Eva, el revuelo que había surgido en una pequeña clase, terminó por inundar todo el instituto. Incluso el profesorado tenía interés por cómo se las apañarían los jóvenes para hacer el debate. Al final, aunque nadie sacaba el tema a relucir, todas las personas tenían una opinión que se guardaban en mayor o menor medida.

II. SABOTAJE

Había cierto sector del profesorado más veterano que no parecía estar de acuerdo en las formas novedosas que tenía de proceder de Eva, a pesar de que nadie lo transmitía verbalmente, mucho menos cuando ella estaba presente. Joel y Jesús, profesores de historia y naturales, no aprobaban que en el colegio hablaran de aquellos temas debido a que los alumnos aún eran niños a los que se les podían meter ideas en la cabeza. De esa manera fue como se lo explicaron a la directora que, viendo que aquello podía llegar a un enfrentamiento mucho más grande, hizo llamar a la profesora Eva.

Ella no pudo evitar estar tensa en el despacho de la directora, pues no entraba en sus planes de aquel día tener una conversación sobre su forma de trabajar. No conocía a la mujer en privado, pero había escuchado que

algunos alumnos y alumnas decían que tendía a ser muy estricta. Eva no deseaba verse obligada a explicar a la clase de cuarto que no podrían hacer el debate debido a políticas del colegio.

La directora llegó al despacho y Eva se puso en pie con toda la rapidez que sus piernas le permitieron. Se recolocó la falda de tubo con las manos mientras saludaba a la mujer que acababa de entrar y cerrar la puerta tras ella.

—Siéntate, Eva —dijo la directora de manera correcta y distante.

—Buenos días —la saludó con cortesía.

—Buenas, siento haberte hecho esperar, todo el mundo tiene algo que decir a primera hora de la mañana —dijo dejando salir un suspiro de ella.

—Entiendo —sonrió comprensiva—. No pasa nada, de todos modos acabo de llegar —mintió, llevaba allí media hora porque debido a la ansiedad que le había generado ver el correo donde le decía que la requería en su despacho al comienzo las clases, Eva había terminado por coger el metro antes y llegar demasiado pronto.

—Bueno, a lo que íbamos, que en breve abrirán las puertas y no podemos dejar a los chicos sin su profesora de castellano —habló la directora mientras encendía el ordenador de sobremesa que había en el despacho—. Algunos de los docentes me han comentado que vas a iniciar un debate no reglado por el temario en tu clase de cuarto de la ESO.

—Sí, los alumnos y alumnas estaban muy interesados en abordar el tema del lenguaje inclusivo y, sabiendo que no iban a poder tratarlo en otra clase, vi conveniente que hicieran un trabajo de investigación sobre el mismo.

—Lo que no puede ser es que se forme el alboroto que hubo ayer. Algunos profesores comenzaron a llamarme por teléfono en la noche y a enviarme correos fuera del horario lectivo hablándome sobre lo inadmisibles que era que la profesora de castellano estuviera inculcando sus valores a los jóvenes de nuestras aulas.

Eva se quedó estupefacta ante aquello. Tardó unos segundos en reaccionar y verse capaz de responder a la directora.

—Pero... es que no es así —se justificó de la acusación—. Ni siquiera empecé yo el tema. El alumnado estaba discutiendo sobre ello cuando

entré a la clase y me hicieron entender que, al final, también forma parte de los profesores de la lengua abordar los temas actuales que hay sobre el lenguaje.

—Entiendo que eres joven y vienes con ideas nuevas, pero las cosas no se hacen así, hay protocolos que seguir y tradiciones que abogan porque este tipo de charlas no se hagan dentro del horario lectivo en este instituto —alegó la directora.

—Dices que soy joven, como algo despectivo, y parece que mis supuestas “nuevas ideas” son molestas sencillamente porque no son las mismas que las que han estado impuestas hasta ahora —apretó los puños por la rabia que estaba sintiendo, sin embargo, poco a poco, hizo por relajarse. Alterarse no la llevaría a ninguna parte, perder los nervios le haría perder la razón—. Por esa misma regla de tres, las mujeres no deberíamos estudiar, porque tradicionalmente solo lo hacían los hombres, ¿estás de acuerdo con ello? —la miró alzando una ceja, esperando una respuesta. Sabía que la había puesto entre la espada y la pared. No iba a dejar que la rabia la guiase, sin embargo, tampoco iba a dar su brazo a torcer, sobre todo, porque sabía que ella era quién tenía razón.

—Bueno, pero...

—Ah, claro, entonces mejor volvemos a ser los ángeles del hogar, ocupándonos sólo de la vida privada como son la casa, los niños y preparar todo para el marido. Por supuesto, nada de tener pensamiento propio, ni de contradecir a tu esposo. Y mucho menos eso de quedarte soltera, porque eso te convierte en solterona, vaya. ¿Sigo? La historia está llena de tradiciones impuestas hacia la mujer que se han roto. Por desgracia, aún hay más, debemos seguir luchando contra ello y no puede ser que utilicemos el argumento de la “tradicción” cuando no nos beneficia en nada. Las tradiciones se pierden y aparecen nuevas.

La directora empezaba a no tener la capacidad para responder.

—A los jóvenes del instituto no les viene nada mal reflexionar sobre la actualidad. No hablo de inculcarles nuestro pensamiento, sino de escucharlos, enseñarles a investigar más allá. No deben por qué creerse cualquier cosa. Eso sería una buena tradición para el instituto —alegó Eva, una vez estuvo más calmada.

—Aunque piense que tienes razón, no puedo tener descontentos a los profesores.

—Pero, no hay argumentos sólidos para que se quejen —renegó ella.

—Bueno, hablaré con ellos y les diré que tienes mi consentimiento y, por ende, el del centro.

La sonrisa de Eva se ensanchó en su rostro. Le gustaba sentir que había vencido y que, por una vez, se haría lo que se debía hacer.

III. DUELO

El gran día había llegado. Las tensiones entre los profesores aún no estaban del todo resueltas, sin embargo, una vez acabase la clase de castellano, ya no importaría. Podrían quejarse, pero ya estaría hecho.

Eva llegó a la sala de reunión del profesorado donde la mayoría estaba dejando algunas de sus cosas para marchar a clase. Era su momento, lo había estado consultando con la almohada y había llegado a la conclusión que era la mejor manera de cerrar el ciclo.

—Bueno, yo quería deciros una cosa a todos y todas —dijo alzando un poco más la voz para llamar la atención de los que allí estaban.

La profesora cruzó una mirada cómplice con la directora que asintió con la cabeza, dando el visto bueno a lo que iba a decir.

—Algunas personas de aquí, ya lo debéis saber porque, bueno, los rumores vuelan, pero, para quien no lo sepa, hoy los alumnos y alumnas de cuarto de la ESO van a tener un debate sobre el lenguaje inclusivo y he reservado la sala de usos múltiples para que cualquiera que desee pueda ir a verlo. Tanto el alumnado como el profesorado estará invitado a ello. Traeremos sillas si es necesario —habló con una sonrisa todo el rato, a pesar de que algunas caras presentes empezaban a horrorizarse.

—¿No esperarás que le digamos eso a los alumnos no, señorita Eva? —preguntó el profesor Joel con aires de superioridad.

—¿Y por qué no? —preguntó en respuesta, inclinando la cabeza hacia un lateral, mostrando su duda.

—¿A caso no sabes cómo son los jóvenes de hoy en día? Harían cualquier cosa con tal de saltarse las clases.

—O sea que, lo que le preocupa es que, si les dice que pueden venir a ver el debate, en efecto, vengan.

Mientras, él tensaba la mandíbula por no soltar nada de lo que se pudiera arrepentir, la sonrisa de Eva se ensanchaba.

—Ya vamos lo suficiente apretados con el calendario escolar, y los temas que hay que dar, como para perder una clase —dijo Jesús.

—Pienso que, pierdan la clase que pierdan, les vendrá bien asistir como oyentes a un problema que hay en su día a día y que ciertas personas no les dejan ver. Además, contaremos con ambas visiones: a favor y en contra. Por lo que, ellos van a poder decidir a quién creer —hizo una pausa para hacer un barrido general con la mirada—. En cuanto al calendario escolar, contadme, ¿cuántas veces habéis llegado a los últimos temas del temario lectivo? Porque no conozco a nadie que lo dé a tiempo sin saltarse los menos relevantes o dar algunos de pasada.

Nadie se atrevió a replicar. Al inicio de la primera clase, por megafonía, avisaron que en la última hora se abriría un debate preparado por los alumnos y alumnas de cuarto de la ESO y que cualquier persona podría asistir.

Cuando llegó el momento, Eva ayudó a los chicos y chicas que llevarían a cabo la presentación. Conectó los pendrive al ordenador y vinculó el proyector. Una vez hecho, los presentes estaban nerviosos, sobre todo porque iban a haber más personas de las que estaba esperado en primer momento. A su vez, Marta estaba emocionada. Deseaba con ansia presentar el proyecto que había hecho junto a su grupo y, sobre todas las cosas, deseaba que Javier y su cuadrilla de “no al lenguaje inclusivo” recapacitaran y pudieran ver más allá de sus propias personas. No obstante, tendría que aguantar pues, primero tocaba que Javier comenzara con la argumentación que había estado preparando por más de un mes.

Todos los presentes tomaron asiento, incluido el grupo de Marta que vería la explicación de sus compañeros de clase. Aunque más personas habían participado, la exposición quedaba en manos de tres alumnos: Javier, Quique y Clara. Marta tenía sus propios pensamientos sobre el hecho de que ellos tres fueran los que presentaban el proyecto, sin embargo, no se lo diría a nadie, pues aquello no cambiaría nada: ella tenía razón.

—Buenas, ¿se me escucha en el fondo? —comenzó a hablar Javier.

Recibió un “sí” suspendido en el aire.

—Bien, bien —prosiguió—. Bueno, nos presentamos. Yo soy Javier y ellos son Quique y Clara. Representamos al 55% de la clase de cuarto de la ESO que confirma que el lenguaje inclusivo es innecesario.

Miró a la profesora Eva, ella se encargó de proyectar las diapositivas y sería la que se ocuparía de pasarlas una a una.

—El primer punto y el más importante de todos que vamos a tratar es el hecho lingüístico. El lenguaje inclusivo no es necesario porque todos ya engloba a las personas presentes sin importar su género —calló para dejar a hablar a Clara.

—Muchas veces se dice que sería ideal que el lenguaje español tuviera un neutro y, en parte, se puede decir que sí lo tiene. —Las diapositivas pasaron— Bien, sabemos que el español nace del latín y que el latín cuenta con el género neutro. Entonces, ¿qué ocurrió?, pues muy sencillo. Buscando la economía del lenguaje y, viendo que el género neutro tenía muchas semejanzas con el masculino, terminaron por fusionarse. De esta manera, cuando queremos decir algo que englobe a ambos géneros se usa el masculino. Una forma de verlo claro es que el diccionario tiene todas las entradas en masculino singular.

Prosiguieron explicando como “todos”, “nosotros” y “ellos” englobaban a todas las personas sin ninguna necesidad de decir “todos y todas”, “nosotros y nosotras” o “ellos y ellas”. Además, aludieron al hecho de que hay temas más importantes que podrían ayudar a un mundo más igual que no entran por tocar el lenguaje. Una vez finalizaron la explicación, los presentes aplaudieron y no hicieron preguntas, sobre todo por la cortesía que había entre los alumnos de no preguntarse mientras otros exponían.

La profesora Eva dio paso al segundo grupo. De igual forma que el primero, subieron tres personas, esta vez, dos mujeres y un hombre.

—Hola a todos y todas, me presento, soy Marta y vengo muy bien acompañada junto a Eric y Paula.

Cada uno se encontraba a un lado de Marta y se limitaron a saludar con la mano a todos los presentes.

—Como habéis podido imaginar, representamos al grupo del alumnado que confirma que el lenguaje inclusivo es necesario.

—Sin embargo —prosiguió Eric—, nosotros y nosotras hemos pensado

que da igual cuánto hablásemos sobre el tema. Al final, hay personas que tienen una idea y se les hace muy difícil cambiarla, puesto que está arraigada en ellos. Además, para qué mentir, a nuestro cerebro le gusta pensar que tiene la razón, incluso cuando no es así.

Se escucharon unas pequeñas risas aisladas ante el comentario.

—Por esa razón —continuó Paula—, invitamos a los investigadores a levantarse y acercarse aquí.

Tras aquellas palabras, cuatro chicos y tres chicas de la clase de cuarto con batas blancas se levantaron y fueron hasta los presentadores de la argumentación.

—Bien, como os habréis percatado, son compañeros de clase, pero era una prueba para demostrar cómo el cerebro entiende ciertas palabras de una forma. Por ello, pido, por favor, que levanten la mano aquellas personas que pensaron que “los investigadores” serían todos hombres —habló Marta dando un paso hacia adelante.

La sala, como era de esperar, se llenó de manos alzadas.

—Bueno, no creo que haga falta contar, pues la mayoría ha levantado la mano —dijo ella mientras sonreía—. Con esto dejamos como prueba que, a pesar de que hemos utilizado el masculino como el género “neutro” del español, esto origina una serie de expectativas. Al escuchar “investigadores” se espera que sean hombres, de la misma manera que si decimos “investigadoras” se puede pensar que todas fueran mujeres. Por ello, no hay una forma mejor de adecuarnos que decir “investigadores e investigadoras”.

—Lo cierto es —prosiguió Paula— que el problema no es el lenguaje per se, sino el imaginario colectivo e individual que tenemos. Al hablar de “los doctores” no pensamos en “las doctoras” y viceversa. Como cambiar el imaginario de todas las personas en el mundo es un hecho que no podemos ver como viable, no cuesta tanto tener en cuenta que esto ocurre y utilizarlo a favor. Hay que ver el lenguaje inclusivo como una ayuda, una lucha por la igualdad entre hombres y mujeres, no como un elemento absurdo que no causa nada.

La argumentación prosiguió, esta vez, mostrando cifras y datos que avalaban su punto. Decir “todos” en un grupo de cinco personas, aunque haya mujeres, no cambiará demasiado a decir “todos y todas”, sin embargo, había que tener en cuenta los hechos a grandes escalas, cuando se habla de

“los enfermeros”, “los ciudadanos”... Sobre todo porque durante demasiados años no se había tenido en cuenta a la mujer en esos ámbitos o se las había invisibilizado.

—Queremos finalizar diciendo que entendemos que, para algunas personas el lenguaje inclusivo no sea la gran cosa. Sin embargo, hay otras personas que lo agradecen, porque se sienten parte del todo. Entonces no cuesta nada acostumbrarse a ello y lo que para algunas personas no significa nada, para otras es un mundo. Gracias por escucharnos —añadió Eric al final.

Ante aquello, todos y todas aplaudieron con efusividad, incluidos algunos alumnos y alumnas que formaban parte de la oposición. Javier miró a Marta con una mueca, sin embargo, se puso a aplaudir terminando por sonreír con complicidad con ella. La sonrisa de la joven se ensanchó sintiendo que su cometido había sido realizado con éxito. Al final del día, uno no puede ocuparse de pensar que cambiará a todas las personas, sin embargo, es ganando pequeñas batallas con lo que consigue que la lucha tenga sentido.

Joel y Jesús habían llegado tarde a la explicación, entre otras cosas, porque habían pensado que no era necesario asistir a una charla que daban unos niños y niñas de no más de dieciséis años. Sin embargo, la profesora Eva no tuvo ningún problema en hacer un pequeño resumen en la sala del profesorado para los que no habían podido asistir. Aunque, en el fondo, sabían que lo estaba haciendo por ellos dos, hecho que solo los enfadaba más. Eva, sin embargo, sonreía amable, pues de nada valía enzarzarse en una discusión con alguien que no desea cambiar.

A partir de entonces, comprendió que los días normales ya no existían y que cada uno debía hacer por ganar sus pequeñas luchas. Algunas personas no están dispuestas a aceptar la realidad de otras, sin embargo, con cada pequeña acción se puede avanzar hasta un futuro mejor, más igual, más seguro, más justo.

FIN

Res no és tan dolent com sembla

Em va contar que els ocells també tenen bigotis, com les mallerengues i que, tot i que no fumen, algunes fan servir les burilles de les cigarretes per construir el seu niu, perquè segons sembla, han descobert que serveixen per treure'n les puces. Em contà que, després de divorciar-se, quan algú s'interessava per la seva nova vida (com si el divorci fos un fracàs) responia que per fi tenia prou espai a l'armari per no haver de fer el canvi de roba de temporada, ja saps, és una murga això de canviar la roba d'hivern per la d'estiu o a l'inrevés... Em contà que el Richard Gere s'havia comprat una mansió per onze milions d'euros que havia pertanyut al Paul Simon, tan gran que de vegades es despistava i pensava que no estava a casa seva; la qual cosa no succeeix quan vius en una rulot, i que per a mostra la Bounder del Walter White. Jesse, we have to cook! Llavors em contà que al xef de primera del restaurant on ella havia treballat se li incendià la paella flamejant unes creps i s'endugué un ensurt de mort. És a dir, que es va morir, i que així era com ella havia ascendit a xef de primera.

Jo no vaig pensar que em moriria; tanmateix, quan se'm movia la mascareta d'oxigen i somiava que m'ofegava, em deia: qui s'ofega, es mor. Altres, quan el dolor de les espines clavades que sentia clavades al coll se'm feia insuportable, tan sols desitjava morir-me per deixar de patir. Des de sempre havia cregut que les persones sortien curades dels hospitals, i que les úniques que no ho feien eren perquè les manaven a morir a casa seva.

El període d'incubació depèn de la genètica de cada persona, va dir-me la metgessa, amb tot, una vegada han aparegut els símptomes,

els cinc primers dies són els pitjors. D'aleshores ençà, segueixo esperant que s'acabin els pitjors dies.

Al començament, l'única cosa que em feia no perdre el món de vista era l'esperança de recuperar-me, que em traguessin l'anell de catèters, elèctrodes i cables orbitant al voltant del meu respirador i tornar a la mínima normalitat (o que tot tornés a ser com abans, és a dir, recuperar la inconsiderada quotidianitat d'allò que per la majoria és normal).

Quan em van donar l'alta em sentia com una merda. Han passat divuit mesos i no em veig en cor de caminar sense les crosses fins a la cantonada de casa. La meitat de vegades em quedo esmaperduda mentre maldo per recordar... Què faig palplantada a la porta? Dins del meu cap hi ha la barana trencada d'un pont des del qual caic daltabaix quan em menjo les paraules.

Tot i això, em dic, val més un gos viu que un lleó mort. De manera que he arribat a l'extrem d'un conformisme tàcit en la lluita de la meua existència (pel camí de no complicar-me encara més la vida). A l'altre extrem també hi ha un altre motiu: no et compliquis la vida o perdràs la feina i no podràs pagar el lloguer del pis.

Sóc estilista de bellesa de la famosa perruqueria Basili Pelfort. He perdut el compte dels cabells que he tallat, tenyit, rentat, pentinat i rinxolat en el decurs dels vuit anys que porto exercint aquesta professió. Amb tot, darrerament només preparo fórmules, netejo bigudins o tallo papers de plata per a les metxes a un racó de la rebotiga, rere un bastidor separador perquè la clientela pugui accedir al lavabo dels fons. L'amo de la perruqueria em digué que era la millor solució, donades les circumstàncies. «És fonamental donar una bona imatge per guanyar-se la confiança de la gent», em feu posar dreta a gratcient (ell sabia que amb prou feines em sostenia dempeus sense les crosses). «Tu ja m'entens, maca», va afegir, «aquí estem per aixecar la moral de la gent, i les butaques del saló són per a ús exclusiu de la clientela». Aleshores, per acabar-ho d'adobar, m'oferí a preu de cost una perruca per posar-me-la a sobre dels quatre cabells que m'han quedat. «Reina, deixa'm que t'expliqui. Has de col·locar-te-la del davant cap al darrere, just al naixement del cabell. Ah!, és molt important que et despentinis amb els dits una mica, per donar-li un toc més natural», afegí, amb el to condescen-

dent que s'empra per parlar amb una criatura, tot passant per alt que domino folgadoament la tècnica de posar extensions i postissos.

Durant uns instants me'l vaig quedar mirant, fixament, qui sap si interpellant-lo. La seva calba, sota el fluorescent, brillava més que el cap demanant silenci del Jaume Plensa a primera línia de Manhattan. «No és el mateix, dona! Ja t'he dit que aquí estem per pujar la moral a la gent, o és que no escoltes? A veure, quantes dones calbes has vist presentant un telenotícies?»

Jo sabia què portava entre mans, tot i que al començament em negava a posar paraules a allò que estava succeint. Potser perquè m'estimava més ignorar les inadvertències de les persones que treballen amb mi o la indiferència amb què em miraven mentre em remarcaven que no m'oblidés d'afegir peròxid del quaranta al tint per cobrir les canes o que fes servir la balança per calibrar correctament les proporcions. No sabia dir si em rebentava més que em tractessin com si fos un trasto vell del qual no et pots desfer o que qüestionessin el meu estat de salut.

Ara, fins i tot després del diagnòstic, no em trec de sobre la sensació d'incomprensió. És com si m'ho inventés i se'm fa dur de pair. Em presentava a urgències perquè m'estava ofegant. L'analítica i la radiografia sortien normals. I em treien del box amb la recepta d'ansiolítics sota el braç. Pensava que estava millorant; passats uns dies, em feia mal el pit i tornava a anar a urgències. A la sala d'espera, els meus ulls es tornaven a creuar amb rostres que, malgrat la mascareta i el metre i mig de distància, m'eren familiars. M'adonava que, al seu temps, em reconeixien, però, com bandits reincidents que esperen a ser jutjats, no ens dirigíem paraula per por a contagiar-nos, la qual cosa em sembla del tot absurda: com anàvem a contagiar-nos d'una malaltia que patíem de manera persistent? Després d'haver-me reinfectat per tercera vegada, sé que la covid persistent és acumulativa amb cada nova infecció i que perduren els símptomes i no la variant de torn.

En una de les reiterades visites em demanaren permís per formar part d'un estudi. Volien investigar el dany microvascular en el cervell. Des de llavors vaig a rehabilitació i faig tots els exercicis físics i mentals que em manen per recuperar-me; amb tot, porto a sobre una empanada mental de ca l'ample i em fa tant de mal el cos que no se'm pot ni tocar.

El dolor em va portar a conèixer la senyora Alemany. Ella també acudia diàriament al centre, però per recuperar-se d'un ictus. Era d'aquella mena de persones que no passen desapercebudes enlloc. La Carla Alemany és una dona d'empenta, grossa i malgirbada, amb els cabells tenyits de ros i encrespats amb laca, que encaterina pel seu sentit de l'humor i fa broma amb tothom de la seva torpor.

Em contà que es va despertar a l'hospital sense poder bellugar la cama i la mà dretes. També tenia dificultats per parlar. Però com li reben-ta demanar ajuda, es va voler aixecar sola per anar al lavabo i va caure del llit, colpejant-se amb la tauleta de nit, amb tanta mala sort que es va fer un trau al cap. Va necessitar més de quinze punts de sutura. Quan ho contava a la gent, es convertien en vint-i-cinc, perquè res és tan dolent com sembla. Els tres mesos que va trigar a saber si recuperaria la parla o no, els allargava a sis.

Ens vam posar a petar la xerrada a la cua de l'electroteràpia. Ho tornava tot en un acudit. Em va contar que el seu exmarit amb prou feines tolerava els seus acudits perquè no tenia sentit de l'humor. «El riure és la millor medicina», feia ella, «saps aquell d'un nano que es queixa a la seva mare i li diu que està decebut perquè el ratolí de les dents no li ha deixat res? Per descomptat, Oriol, li replica la mare, no t'ha deixat res perquè t'ho gastes tot en droga i d'això et cauen les dents. Apa!, tira cap a la clínica de rehabilitació que ja estàs arribant a misses dites».

Les sessions de teràpia no garantien res, tan sols minvar els símptomes dins de la mesura possible. La Carla em va dir que treballava de xef de primera a un restaurant de cinc forquilles. A més també feia de tertuliana a un programa de ràdio que es deia Xup-Xup. Això darrer, ho va acceptar, perquè segons ella, xerrar aprima. I en certa manera funcionava en el seu cas. També comptava el fet que, més enllà de la cuina, com millor es trobava era asseguda a taula, i no només menjant, que també, sinó fent-la petar. Des que havia patit l'íctus, la doctora li havia recomanat reduir els greixos, les salses i el sucre, la qual cosa se li feia muntanya amunt rere els fogons.

—A la cuina, com a la vida, cal ser tenaç. Si t'ho proposes, te'n surts. Però les temptacions de tastar tot allò que estàs preparant... Ai!, les temptacions, em porten pel camí de l'amargura. Així que ara, en comp-

tes de pujar a Instagram les fotografies dels meus plats, em faig selfies dels meus progressos i les comparteixo amb la gent. Llavors em cliquen un m'agrada i això em dóna ànims per omplir-me la boca de paraules en comptes de menjar.

Vaig explicar-li que havia estudiat filologia perquè els pares (com segurament molts pares) volien que estudiés una carrera universitària. La mare hauria preferit que estudiés enginyeria de ponts i camins o física nuclear; tanmateix, va tolerar aquell canvi després que jo li demostrés el meu talent guanyant un concurs de poesia als jocs florals de l'institut. Després d'un any sense trobar feina em vaig apuntar a fer un curset de perruqueria. De petita havia patit episodis d'asma així que els pares se'm van girar en contra, especialment el pare: «T'has begut l'enteniment?». Vaig respondre-li que tan sols buscava certa independència econòmica i que tenia molt més risc de patir asma per la pols de la farina que es respirava a casa nostra, contigua a la fleca on ell passava bona part del dia pastant i empolsinant el pa que venia. Es va posar fet una fera i vaig mudar-me a la ciutat. De cap de les maneres acceptà que li contés que recentment s'havia identificat la lipoproteïna tri tu 14 com l'al·lergogen principal del blat. Llavors la senyora Alemany em digué que durant molt temps va creure tenia el colesterol alt per culpa dels ous i l'oli d'oliva que la seva mare li portava del poble. Feia poc que s'havia assabentat que tot això era un sopar de duro, com l'excusa de la crisi de la mitjana edat del seu ex per comprar-se un cotxe nou i fotre-li les banyes amb la veïna de tota la vida.

L'empatia innata de la senyora Alemany feia que s'interessés per la vida dels altres. És complicat no caure en l'autocompassió o en la queixa sistemàtica, però mentiria si no constatés que la fortor de l'amoníac i el formol per allisar els cabells que penetrava a través de la meva mascarata, malgrat haver-me quedat el sentit de l'olfacte alterat, amb l'afegit de la rentadora-assecadora de les tovalloles funcionant tothora ,és un còctel explosiu d'aquests que et regira l'estómac i et deixa el cap com un timbal. Quan li explicava, es feia creus que, amb el meu domini de les tisoires, no m'hagués vist en cor de no poder tallar a temps una qüestió així. «És indignant!», va lamentar-se, «no es pot normalitzar un tracte tan denigrant». Em suggerí denunciar-ho al seu programa de ràdio, però vaig refusar la seva proposta. Era un risc massa alt, vaig argumentar-li. Podria perdre la feina. «Promet-me que no ho faràs mai». Ella em va do-

nar la seva paraula d'honor. Llavors, tot fent servir el seu millor antídoto contra tots els mals, m'explicà un acudit dels seus:

«Entra una dona somrient a la perruqueria més moderna del barri i li diu a l'estilista:

–Vull que em talli els cabells de la següent manera: del costat dret, em deixa els cabells fins a la meitat de l'orella. Del costat esquerre em retalla força perquè se'm vegi l'orella sencera. Al clatell, em rapa unes cinc ratlles, en pic. A la part del front, em deixa un ble que m'arribi fins al nas; prou llarg perquè em pugui fer una trena.

–Això que em diu és molt rar i li quedaria fatal. Impossible. No li ho puc fer pas.

–Com que no, els collons que t'aguanten! Si això és justament el que em vas fer la darrera vegada que vaig venir aquí!».

La tos se'n va i torna. Dormo asseguda al sofà. Els episodis poden durar dies, setmanes, mesos... La darrera recaiguda va ser forta. No em podia aixecar i tampoc em veia en cor de parlar per telèfon després d'as-sabentar-me que tots els meus esforços per mantenir la feina havien estat en va. Una inspecció de treball havia clausurat cautelament la perruqueria del Basili per risc d'insalubritat de les instal·lacions. Pel que es veia, una clienta s'havia queixat després que el seu pequinès de ben poc no s'intoxicqués rere la porta del lavabo, mentre ella es canviava de roba. De retruc em vaig trobar sense feina. El contracte del lloguer havia finit la seva vigència i l'arrendador no em va renovar la pròrroga.

La Carla se les va fer venir bé per aconseguir la meva adreça i presentar-se a casa amb un assortit de carmanyoles, plenes de guisats casolans que ella m'havia estat preparant la vesprada anterior. No negaré que em va sorprendre gratament que algú es prengués tantes molèsties amb mi. Al rebedor s'amuntegaven caixes de mudança que anava a desar en un traster i no tenia la punyetera idea d'on havia ficat la vaixel·la o els coberts.

—No em facis riure, si us plau—vaig demanar-li— Si ric m'agafa més tos.

—Està bé —va fer ella—. Llavors què vols que et conti?

—Conta'm coses que no em faci res oblidar-les, tinc el cap molt emboirat.

Llavors ella em conta que una empresa americana contracta gent per dormir als seus matalassos a canvi d'un sou d'uns seixanta mil dòlars a l'any. Només cal demostrar una gran passió per dormir. Em conta que un dels avantatges que té viure en una rulot és que pots veure unes increïbles sortides del sol cada dematí. A més no tens un horari, no et fan falta les croses per desplaçar-te d'una cambra a l'altra i, com està prohibit viure en un mateix càmping més d'onze mesos, t'obliga a anar-te obrint camí, en el sentit més literal de la paraula. Després em mostra una fotografia on sortia ella mateixa amb una condecoració penjant d'una cinta roig blanca al voltant del coll. I em conta que des del segle XV, tots els dimarts de Quaresma, al poble d'Olney s'organitza un cursa que li diuen la maratón de la crep perquè cal córrer amb una paella a la mà, al mateix temps que s'ha d'anar avançant amb la crep llençant-la enlaire des de la sortida fins a la meta.

—Les anomenen pancakes. Si fa no fa és una mena de crep més petita, però no deixa de ser una crep, igual que aquesta rulot de la foto pot ser casa teva. No et tempta de venir amb mi? —somriu d'orella a orella—. Necessito una copilot per no perdre'm. Detesto seguir les indicacions d'un GPS.

—Està bé, accepto —una llàgrima em llisca galta avall—. Tu creus que de camí podria portar-li flors a la meva mare?

—Compta-hi! Amb més raó encara per prescindir d'aquests invents del dimoni. No facis servir mai un GPS per anar al cementiri, és horrible arribar i escoltar: «Ha arribat al seu destí».

Quan narro aquest relat no m'he pogut estar d'ometre alguns detalls. Això és el que es diu explicar una veritat a mitges. Em passa el mateix quan escric una història. Amb tot, una veritat a mitges no és una mentida, perquè dius la veritat, tot i que no la dius tota. Et contaré l'altra mitja veritat i potser esbrines perquè vaig haver de fer-ho.

No va haver-hi cap merescut guardó de poesia. Vaig escriure el primer que em va venir al cap sota els efectes d'uns bolets al·lucinògens. A partir d'aquell moment va entrar en joc allò que s'anomena la síndrome de la impostora, és a dir, la por que els pares descobrissin que no era tan talentosa per a les lletres com vaig deixar que es convencessin.

La Carla Alemany no treballava de cuinera en un restaurant de cinc forquilles sinó a un, amb cinc forquilles, és a dir, al food-truck La Bohème (una caravana ambulant que ofereix delicioses creps de tota mena). Quan el seu petit negoci hagué de tancar al començament de la pandèmia, amb la veïna de tota la vida decidí muntar una emissora per fer de més bon portar el confinament a la gent. Potser va exagerar una mica en tot plegat, perquè és innegable que mai res és tan dolent com sembla ser-ho (si més no, vist des de fora).

És clar que, posats a contar, no es va divorciar perquè el marit li hagués posat les banyes amb la veïna. Però en creure't tu que el seu matrimoni se'n va anar a fer punyetes i la seva feina a pastar fang, què em pertocava explicar?, que després de l'íctus havia quedat tan malgirbada que ell la deixà sense cap mena de mirament? Hi ha algú que mereixi una cosa semblant? T'hauries cregut llavors que, malgrat tot, no havia perdut ni un xic de la seva empenta i ganes de plantar cara a tanta desconsideració?

La inspectora mèdica que em va donar l'alta, malgrat trobar-me com una merda, va dir-me: «No estàs tan malament, treballa!». A la perruqueria, no volia admetre que m'estaven apartant, estigmatitzant. Tenien por que una dona calba i amb mascareta quirúrgica que tossia tothora espantés la clientela o, si més no, creés certa sensació d'incomoditat. Però, què podia fer? Si ja és prou incert saber si algun dia em curaré del tot, encara ho seria més denunciar en Basili Pelfort per discriminació, ja que això hauria suposat perdre la feina, aquella feina de perruqueria que no volien per a mi els pares, no trobar-ne cap altra per poder mantenir-me i no tenir cap lloc on recórrer.

És possible que digui que la Carla m'encoratjà a seguir lluitant i tornar a l'escriptura. Hi ha algú que pugui afirmar el contrari? La mare va morir al cap de poc temps que jo abandonés el poble. El pare no em va avisar per anar a l'enterrament. Feia més de sis anys que ella lluitava

contra un càncer de pulmó provocat per la flaire dels peròxids de la seva perruqueria.

Hauria afegit una segona part al relat si tot plegat no l'hagués tenyit d'un aire massa tràgic; una altra vegada exagerant?, res d'això no podia ser que passés de debò. Qui hauria donat crèdit a la història? Jo ho havia viscut en primera persona i no m'ho creia.

La tercera vegada que vaig acudir d'urgències amb una opressió al pit tan intensa que estava convençuda que anava a morir-me d'un infart, estaven filmant un documental sobre la covid persistent. Quan la càmera va enfocar en un segon pla el meu rostre, jo sortia al llit al costat d'una infermera que m'estava prenent la pressió. El meu efluvi telogen, és a dir, la caiguda accelerada del cabell, ja era força notable. Al telenotícies d'aquella nit, mostraren algunes imatges dels pacients. La mare ho va veure a la televisió, estava a les últimes i en veure'm es va quedar molt impressionada. No m'ho va dir ella sinó la infermera que va atendre la trucada del pare. Semblava molt contrariat. Dies després em va arribar un paquet que contenia tres camises de dormir amb puntes i dues perruques de l'àvia.

«Escriu una carta al director, en el primer paràgraf ves directament al gra. Tria un diari seriós i important, que no sigui en cap de setmana: la gent només mira la cartellera de l'oci i el temps. O millor, presentat a un concurs literari, d'aquells que publiquen les obres guardonades i fan ressò de les injustícies que cada dia condicionen les vides de les dones».

Sí, certament fora possible que la Carla m'encoratgés a seguir lluint i tornar a l'escriptura. I que jo li respongués que no pagava la pena. I tu, em pots afirmar el contrari?

No pateixis, per si de cas, la Carla, que m'havia donat la seva paraula d'honor que no denunciaria el Basili Pelfort, amb l'artifici de dir les veritats a mitges, recomanà a la veïna de tota la vida, i al seu temps inspectora de salut pública, una perruqueria d'una amiga que pentina els cabells de meravella.«No t'ho deixis perdre, especialment, el drenatge limfàtic que fan al camerino del darrere: Mai no vist!».

SONRÍE, QUE ESTÁS MUY SERIA

En el último minuto de nuestro matrimonio tomé el vaso de agua que amablemente me ofrecía, di un par de sorbos callados y lo dejé estrellarse contra el parquet deteriorado de nuestra vida en común, que se quedaba Él, como habíamos establecido en el convenio regulador. El nuestro fue un divorcio de los que llaman de mutuo acuerdo, es decir, la decisión la tomé yo y Él tardó seis largos meses, con sus eternas e interminables noches negras y taciturnas, en hacer que lo aceptaba. Diez años había tardado yo en darme cuenta, así que indudablemente era un poco más lerda.

Y fue entonces cuando creí que recobraba la libertad que nunca había tenido, la que me había robado mi padre y luego, presumiblemente, Él. Cómo han cambiado las cosas, decía mi madre, decía mi amiga Julia, decía la panadera Berta, decía mi compañera Carmen, decía el cuñado de mi hermana, decía el suegro de mi vecina, decía el primo de Pepa, decía todo el santísimo santoral del calendario gregoriano. En mis tiempos, en sus tiempos, en cualquiera de los tiempos, ninguna mujer podría haber osado dejar a su marido, pero claro, yo tenía un trabajo, era muy valiente y, en realidad, siempre había hecho lo que me había dado la gana, una rebelde sin causa, recordaba mi madre, que nunca quiso hacer las camas de sus hermanos. La vida me sonreía y quizás debería ser más rigurosa conmigo, merecía una buena reprimenda, una hoguera, una mordaza, algo, porque a decir verdad nadie hubiera imaginado ni por asomo nuestra intempestiva ruptura, sin discusiones en público, sin escándalos en el vecindario, sin disgustos familiares, afortunadamente sin descendencia, pobres, la prole es siempre la que paga el pato, ni siquiera me había puesto una mano encima. Y entonces, ¿por qué? Por lo que alguna de esas feministas dijo una vez: por lo que no tiene nombre ni explicación como el muy célebre y extraño síndrome de fatiga crónica.

Tenía diecinueve años, la melena larga cruzándome la cara, miles de libros en la Biblioteca Municipal y un deseo desquiciado por masticar el mundo como si fuera un chicle y hacer con él una inmensa pompa, aunque me estallara en la cara, al menos me llevaría por delante su aliento de fresa ácida y salvaje. Tanto libro, tanto libro, diría mi madre años más tarde, ella que no conocía ni a Anita Ozores ni a Madame Bovary. Pero volvamos atrás. Guapaaaa, vaya piernas, ¿a qué hora abren? Y tras un índice soberbio, el mío de la mano izquierda, alzándose al viento: Vaya con la narizotas de los huevos, que te folle un pez, so fea. Así todos los días y por las noches un poquito más intenso, por aquello de los cubalibres y las macetas de cerveza que sirven de salvaconductas a descerebrados noctámbulos. Hasta que llegó Él, que hablaba poco y besaba mucho y se me acabaron esos insignificantes problemas de las otras malas lenguas masculinas, que habían ido creciendo con mi talla de caderas y mi intolerancia al gluten indigesto de tales cortesías. ¡Quizás si hubiera comido menos, hubiera estudiado menos, hubiera salido menos o hubiera llevado la falda menos corta, como remató Él con gran sabiduría androcéntrica! Sigamos. Noviazgo normal, con horario furtivo para abrir las piernas en exclusividad y sin retorno del casco. Estábamos hechos el uno para la otra, con algún que otro disgusto de miradas insolentes ajenas y de predictores que no cambiaban de color, pero no había de qué preocuparse porque Él respondería, como lo habían hecho sus amigos, es decir, con altar o con abortos rurales clandestinos, un poco menos glamurosos que los elitistas londinenses y un poco más inseguros, claro, pero igual da. Hubo suerte, sin embargo, no tuve que arriesgar mi vida, solo estaba obligada a dársela. Dónde iba yo ya sin mi himen, incluso alguna vez Él tuvo el valor de amonestarme porque no le quedaba claro que se lo hubiera enseñado impoluto, eludiendo astutamente hacerlo en el fragor de la batalla amorosa. Madre mía y yo que sé dónde estaba mi puto himen, si ni siquiera sabía que era tan perfecta que tenía un orificio para la micción y otro para el amor después de toda la vida estudiando y con mención honorífica. Juro que empollé aquel manual de Ciencias Naturales que tenía más de mil páginas, supongo que serían de botánica, y total para seguir llamando a todos los árboles pinos o cipreses según estuvieran fuera o dentro de un cementerio.

Nos casamos muy jóvenes. Él encontró un trabajo en una ciudad lejos de nuestras familias donde haríamos por fin realidad sus sueños. Un hogar con calefacción, comida servida y sin preservativos. Yo estudiaba unas oposiciones mientras manejaba plumero y escoba con maestría. En la academia me echaba amigas con las que ambos quedábamos, pero que resultaban ser bastante imbéciles, sí, es verdad, yo no le contradecía, era consciente

de que mi monedero sobrevivía con transfusiones de su billetera. Algunas amistades comunes nos visitaban a veces y él les mostraba entonces su idílica visión de la felicidad: un empleo fijo, una mujer hermosa (en su trabajo le habían dicho que tenía una mujer muy guapa, vaya pelazo que lucía), un par de retoños y una parcela en la sierra. Este sabor no lo reconocía yo en mi mundo salvaje de fresa ácida, siempre pensé que este estado de empalago doméstico sería transitorio hasta que yo consiguiera un empleo, hecho que lo cambiaría todo: viajar, conocer gente, aprender idiomas, estudiar otra carrera (sí, estudiar otra carrera), vivir fuera del reloj y de las normas. Había prisa, había que deshacer este entuerto, conseguí el empleo. Un empleo en el que había hombres, muchos hombres, como en la calle, igual, más o menos. Tú vas por la calle y hay hombres, más o menos la mitad de las personas. Me vas a dejar, seguro que me vas a dejar, me decía dos minutos de cada medio. Tú quieres conocer a otro, por eso no quieres tener descendencia. Esta era la monótona cantinela de la urgencia de la procreación.

Así que nos pusimos a la embarazosa tarea de la concepción. Concebir era mucho mejor en plena juventud, ¿verdad?, y no nos iban a impedir inflar mi pompa-vida ácida de fresa salvaje, estábamos a tope de energía que ni se generaba ni se destruía, solo había que transformarla. Reconozco que en los primeros meses se revitalizaron considerablemente nuestros escarceos amoratorios, pero la puntualidad de la sangre derramada un mes tras otro traían desarreglos dolorosos en mi vientre y en su afligido rostro. El problema es que a Él no le hacía efecto el ibuprofeno, a mí a veces tampoco, que conste, pero el ardor de los ovarios me refrigeraba el hipotálamo y el hemisferio derecho del cerebro a la velocidad de la luz. Lo que pasa es que tú no quieres tener descendencia. Al parecer estaba científicamente demostrado que una mujer, poderosísimas como somos, con el único instrumento de nuestra mente histórica, puede exterminar millones de vigorosos espermatozoides entre sus piernas de manera directamente proporcional a como su vagina dentada puede repeler a extraños y musculosos usurpadores machiarmados. Y no se hable más. Lo que pasa es que tú no quieres tener descendencia conmigo, porque me vas a dejar. Y era para dejarlo, pero no lo dejé. Quizás era cierto que lo necesitábamos para borrar todas esas dudas y angustias de su entropierna y quizás sí, la culpable era yo, porque tenía una mente prodigiosa que controlaba con exactitud los devaneos de mis óvulos salvo en el caso de unas vacaciones en la playa, en estos casos mis más estimadas células eran completamente insumisas. Yo era muy inteligente, sí, me lo decía a cada rato, pero Él no era tonto, que no se me olvidara, decía conocerme perfectamente, más que yo misma, que para eso tenía coeficiente cero. No

creo que esta afirmación se la creyera, porque en tal caso no me hubiera elegido como compañera de viaje ¿o lo elegí yo? El tema es que cuando yo masticaba el mundo exprimiéndole todo su sabor, no me imaginaba dando vidas que no fueran la mía, incluso la mía pensé que la reservaría solo para mí, que ningún nuevesemanasy media me ataría a la pata de la cama con fresas y nata.

Había que encontrar soluciones para debilitar el imperio de mi cerebro sobre mi cuerpo, engañarlo con cigarrillos de marihuana, ron con coca cola o alguna píldora mágica para la resistencia y el amor. Era bastante necesario aligerar conciencia y nuestros movimientos para poner en práctica el variado catálogo de consejos que habíamos recopilado en alguna intensa charla con leales camaradas (internet era aún un lujo fuera de nuestro alcance). Relajación, claro, calendario de ovulación, por supuesto, el misionero triangular, el perrito o la montaña mágica y, para rematar, en la plenitud de la taquicardia y bajo mi responsabilidad, yo que era maestra de la torpeza, me marcaba un sirsasana: la postura yóguica del clavo para que mi copa mágica no derramara una gota del elixir de la inmortalidad. ¡Qué cansado todo y qué improductivo frente a la inteligencia cósmica de mi asombrosa materia gris! Fueron meses agotadores, pero supusieron un excelente entrenamiento físico, en vez de más gorda lucía cada vez más delgada y, por lo visto, también más egoísta y desaprensiva en toda mi curvilinealidad.

Como todavía Él era capaz de pensar medio razonablemente, decidió que en vez de una consulta de neurología lo más lógico sería una de ginecología para comentar mi desarreglo psicosomático. Todo muy divertido, había que hacerse un estudio especializado y nos derivaron directamente al hospital: allí mis desnudos patas arriba, allí los guantes exploradores, allí las ecografías vaginales con penes eléctricos de movilidad extraordinaria, allí las tomas de muestras una vez más, allí los tubos y tubos de sangre de mis exiguas venas, allí los recetarios vitamínicos y hormonales y, por fin, unos resultados completamente normales, listos para la concepción, por supuesto sin una mínima y sencilla analítica de su líquido seminal o de su Rh, qué menos que su Rh, ¿no? Pues por algo será. Está claro que tú no quieres. Tampoco quería que me doliera la cabeza siete días en semana y me dolía. El médico, que era varón como mi marido, en esto también encontró parámetros de normalidad, Señorita, eso va a ser del ciclo, fue de agradecer que no me encomendara un nuevo falo eléctrico, ya estaba mi útero un poco cansado de esas abruptas visitas.

Dos años más aguanté, por aquello de llevarle la contraria y no abandonarlo justo cuando me lo decía. Ya era hora de tomar mis propias decisiones. Tenía treinta y cinco años y toda una vida por delante, por lo menos hasta los cincuenta, para engullirme la fresa ácida del mundo salvaje. Me mudé a un apartamento pequeño que amueblé con librerías y aparadores de Ikea que yo misma armaba con inusitada habilidad. Todo lo que no necesitara taladro no se me resistía y aquellos aguafuertes que había dibujado en aquel cortísimo taller de pintura quedaban estupendos en aquellos anaqueles todavía huérfanos de libros. Mis libros, mis huérfanos, quedaron bajo su única custodia, era su dinero el que había alimentado las estanterías de nuestra casa, porque su trabajo de hacedor de cuentas y estadísticas estaba muy bien remunerado por su banco, pero mi trabajo de hacedora de hogar habitable y comestible era gratuito y tan generador de deuda como el de las familias migrantes y obreras de la primera revolución industrial.

Una nueva vida empezaba para mí, con la agenda telefónica sin estrenar a juego con la cuenta corriente, pero sin ningún hombre que me dijera lo que tenía que hacer. Con un poco de paciencia conseguiría salirme de la esfera del reloj en algún momento, que no era aquel, desde luego, en el que las seis de la mañana eran la intransigencia soberana de no haber nacido rica. El metro en hora punta o el cuerpo colectivo, el ábrase la puerta y cederle el paso, saberte divorciada y los ojos golositos, la depilación perfecta o parecer un gorila, estar mejor callada y estar más bonita, pagarte una caña y explicarte cosas de tu vida, no dejarte pagar una segunda caña y decirte que has tenido simplemente mala suerte de no haber elegido al hombre adecuado. Vale, pero llegando a mi casa, me olvidaba. Mas no era una solución, no podía estarme encerrada para no hartarme de la estupidez humana, ¿dije humana?, qué despropósito, quise decir de los hombres. Estaba harta de estar en casa. No quería vivir dentro, otra vez dentro, quería vivir fuera, así que me dediqué en cuerpo y alma a mi trabajo. En las oficinas pasaba cada vez más horas y mis aportaciones a la consecución de los objetivos de mi equipo eran ahora mucho más significativas e interesantes. Trabajaba en una de las mejores empresas de publicidad de la capital que acaparaba una cartera de clientela abultada y aún así estaba en plena expansión. Mi equipo estaba formado por Magda, Estefanía, Laura, Carlos, Esteban y la que narra. Todos eran más jóvenes, más brillantes y más titulados que yo, esa es la verdad, pero bastante menos críticos con el famoso anuncio de Dolce & Gabbana que tantas diatribas y cañas nos regaló. Dirigía la comitiva Esteban, ni el más guapo, ni el más listo, ni aparentemente el más ambicioso, pero

con mejores notas sin duda en Relaciones Públicas que en Publicidad propiamente dicha, notas que se reflejaban en unos cientos de euros más en su nómina. Éramos un buen equipo, de esos en los que alguien tiene una idea y los demás la complementan hasta hacerla realidad, un equipo efectivo y eficiente. Y llegó nuestra gran oportunidad, una nueva empresa con buenas expectativas de mercado mientras las mejores promesas de la firma estaban embarcadas en proyectos ineludibles. Urgía campaña impactante y creativa sobre productos para dejar de fumar, los típicos chicles, parches, comprimidos y aerosoles de nicotina que estaban perdiendo fuelle con los novísimos cigarrillos electrónicos y vapeadores. Y nos pusimos a maquinara. Como de costumbre, cada cual presentaría una idea y después elegiríamos la más plausible y la pondríamos en práctica sin omitir la autoría original. Como en aquella época tenía pocas ganas de volver a la orfandad de mi casa, aquella misma noche sin salir de los tres metros cuadrados de mi puesto de oficina perfilé la que sería la idea estrella. La perfilé, la adorné, la rematé y la envolví en papel de regalo. Y la envolví tan bien que mis colegas no quisieron ni cambiarle el lazo, miento, Esteban quería cambiarle casi todo, le parecía una estupidez, vamos, que no se la iba ni siquiera a comentar al jefe de sección. Aquello hirió mi orgullo, así que no dudé en saltarme la cadena de mando y hacerlo yo. Busqué al señor Roncero y se lo expliqué, se lo expliqué rápidamente en un dimeloandando que parecía improductivo, pero se lo expliqué. Se trataba de utilizar mupis digitales en las marquesinas de los autobuses con detectores de humos de tal manera que, al delatar el humo del tabaco de cualquier viandante, pusiera en marcha el anuncio que empezaba con las toses convulsivas de una persona para continuar con la recomendación de la colección de productos. Parecía que no me escuchaba, pero me escuchó. Se paró unos segundos apenas. Dígame a Esteban que tenga preparada la presentación de la campaña para el viernes a las doce. Le contesté que estaría encantada de poder hacerlo yo, que a mi compañero no le entusiasmaba precisamente la idea. Dígame a Esteban, dígame que a las doce, señorita, el viernes a las doce. Señorita. Estaba claro, lo mío era del ciclo.

Y llegó el viernes a las doce. Conseguí con mucha paciencia transmitirle a Esteban la exactitud de mi proyecto con todos sus intrínquilis a pesar de su manía de explicármelo continuamente como si él lo hubiera parido o como si lo entendiera. A las dos y media de la tarde se abrió la puerta del señor Roncero y alcé mi cabeza por encima del monitor para comprobar las palmatitas en la espalda del jefe y las enhorabuenas de un complacido cliente que auguraba futuros y provechosos negocios. Esperaba que cuando Esteban pasara por mi lado compartiera alguno de aquellos beneplácitos conmigo,

pero se refugió con rapidez en su despacho, mientras que Magda y Laura me miraban para no perderse nada. Y no se lo perdieron, me vieron levantarme como un muelle, oyeron el rugido de mi respiración, suspiraron con el arrastre de mis zapatos y abrieron en gran círculo sus ojos con el aire de mis faldas mezclado con la velocidad del portazo de la puerta de Esteban. Mi cara era un poema social, no hacían falta más metáforas. Él sí habló. Sonríe, que estás muy seria, ni que estuvieras en Afganistán.

Quizás Esteban esté en Afganistán, o con mi ex marido, pues hace tiempo que no lo vemos en esta renovada agencia de marketing y publicidad donde fomentamos el trabajo cooperativo y no robamos los méritos a nadie, porque son de toda la comunidad, de nosotras y de nosotros.

“El feminisme és una manera de viure individualment i de lluitar col·lectivament”.

■ **Simone de Beauvoir**

“Para la mayor parte de la historia, ‘Anónimo’ era una mujer”.

■ **Virginia Woolf**

“Obriu escoles i es tancaran les presons”.

■ **Concepción Arenal**

“Prefiero una libertad peligrosa a una servidumbre tranquila”.

■ **María Zambrano**

**CASA
DE LA
DONA**

C/ Miguel Hernández, 5
46920 Mislata (València)
Tel. 963 137 338

✉ casadonamislata@mislata.es

f [casadonamislata](#)

📷 [CasadelaDonaMislata](#)



**Xarxa
Valenciana
d'Igualtat**



**GENERALITAT
VALENCIANA**

Vicepresidència i Conselleria
d'Igualtat i Polítiques Inclusives